

agua los vencedores matando y cautivando á muchos. Acercóse un jinete para darle el caballo, más de una casa le dieron una lanzada por la garganta que le hicieron dar la vuelta, perdiéndose el cuadrúpedo; acertó á acercarse otro jinete en medio de la confusión, dió el caballo al general, montó éste y se puso á cabalgar, no para pelear sino para huir, pues la calzadilla estaba llena de lodo: perdióse todavía una yegua, quedaron aún aliados y castellanos en poder de los vencedores y el resto de quienes pudieron escapar salieron como por milagro á la calle de Tlacopan. Aquí se ordenó la retirada, sosteniendo la retaguardia Cortés con nueve de á caballo, en tanto comunicaba órdenes á las otras capitánías para que se retrajesen á la plaza.

La hueste de Julian de Alderete, porfiaba por ganar una trincheira, cuando por una ventana les arrojaron tres cabezas de cristianos, amenazándolos con acabarlos como habían hecho con Malinche; aquella vista y la orden del general los hizo retraerse al lugar convenido, ejecutando lo mismo Andrés de Tapia, no sin haber sufrido algunas pérdidas. Reunidas en la plaza las tres divisiones, cargaron los méxica por todas partes sin amedrentarse por los peones ó la caballería; al mismo tiempo en un vecino teocalli pusieron los sacerdotes perfumes y zahumerios para hacer un sacrificio, cosa que no pudo ser evitada, porque blancos y aliados á más andar hufan en dirección al real de Xoloc. Los victoriosos tenochca los persiguieron sin descanso, y "se iban todos los escuadrones mexicanos hasta su real á darle guerra, y aún le echaron delante de sus soldados, que resistían á los mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habían llevados vivos á Cortés, y les decían que eran del Tonatio, que es Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, é que ya nos habían muerto á todos. Entónces dicen que desmayó Cortés mucho más de lo que ántes estaba él y los que consigo traía, mas no de manera que sintiera en él mucha flaqueza; y luego mandó al maestro de campo Cristóbal de Olid y á sus capitanes que mirasen no les rompiesen los muchos mexicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hicieren cuerpo, así heridos como sanos." (1)

(1) Bernal Díaz cap. CLII.

Los del campo de Alvarado y de Sandoval, siguiendo algo apartados de la costa, penetraron victoriosos hasta bien cerca del *tianquiztli* y *teocalli* de Tlatelco, de improviso se vieron acometidos por grandes escuadrones de guerreros, lanzando sus atronadores gritos de combate y arrojando cinco cabezas ensangrentadas, dijeron: "Así os mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval y á los que consigo traían, y esas son sus cabezas; por eso cono celdas bien." Cerraron entónces pié con pié, sin ser parte para apartarles, las armas blancas ni de fuego: los tlaxcalteca perdieron el ánimo y los blancos comenzaron á ciar aunque en buena ordenanza. La carga de los méxica no aflojaba, de manera que los castellanos seguían en su movimiento retrógrado; oyóse entónces sobre el gran cu de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca el lúgubre y atronador sonido del *tlapanhuehuell* ó atambor sagrado, viéronse las nubes del humo del *copalli* precursor del sacrificio y se escuchó el ronco sonido del caracol de Cuauhtemoc; (1) nuevos escuadrones de guerreros se precipitaron con furia, empujaron decididamente á los blancos y les encerraron en su real: aquí pudieron defenderse con grandes esfuerzos de valor, sostenidos por el fuego de dos piezas gruesas y las arremetidas de la caballería. "Así heridos como sanos y hechos un cuerpo, estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel día no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban." (2)

Como el desbarato había sido temprano, Sandoval con algunos jinetes se dirigió al real de Cortés para informarse de lo que le había acontecido; aquel buen soldado ya en presencia del general, le dirigió estas palabras: "Oh, señor capitán, y ¿qué es esto? ¿Aquestos son los grandes consejos y ardidés de guerra que siempre nos

(1) "Y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocaba era que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con que rabia y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese." Bernal Díaz, cap. CLII.—Segun Clavijero, tom. 2, pág. 166; "oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que sólo se tocaba por los sacerdotes en caso de urgencia pública, para excitar al pueblo á tomar las armas."

(2) Bernal Díaz, cap. CLII.

"daba? ¿Cómo ha sido este desman?" Cortés se disculpó con Julian de Alderete, y éste que estaba presente se descargó con D. Hernando, siguiendo ciertas palabras de Sandoval después de aquello dió la vuelta al real de Alvarado. Cortés por su parte había enviado al capitán Andrés de Tapia, con los tres jinetes Guillen de la Loa, Valdenebro y Juan de Cuellar, los cuales fueron detenidos por los indios en el camino, no pudiendo llegar tan pronto como quisiera al desempeño de su encargo, que también era informar del descalabro sufrido y saber del daño recibido por Alvarado. Al tornar Sandoval al campo con el capitán Francisco de Lugo, los indios peleaban todavía, y fué preciso combatir obstinadamente para rechazarlos. "Y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que le había acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilobos y otros muchos atabalejos, y caracoles cornetas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste: y miramos arriba al alto cu, donde los tañían, y vimos que llevaban por fuerza á rempujones y bofetadas y palos á nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron á Cortés, que los llevaron por fuerza á sacrificar; y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que á muchos dellos les ponían plumas en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían á sus ídolos que allí presentes tenían, y á los cuerpos dábanles con los piés por las gradas abajo: y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chimole." Aquel horrendo espectáculo ponía algún temor en el ánimo de los teules, quienes dentro de sí decían: "¡Oh, gracias á Dios, que no me llevaron á mí hoy á sacrificar!" (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CLII.

Mientras aquel sacrificio tenía lugar en el teocalli, nuevos escuadrones de guerreros se precipitaban sobre el campo, poniendo á los blancos en gran aprieto; durante la lucha les gritaban: "Mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces." Apostrofaban y denostaban con gran furia á los tlaxcalteca, y arrojándoles brazos y piernas cocidos ó asados, les decían: "Comed de las carnes destes teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y deso que nos sobra bien os podeis hartar; y mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy mejores, y con piedras y lanzas y cal y canto, y pintadas; por eso ayudad muy bien á esos teules, que á todos los vereis sacrificados." (1)

En cuanto á los bergantines, el mandado por Pedro de Briones fué tomado por los méxica con muerte de algunos remeros y heridas del capitán y de otros soldados; recobróse por el socorro que le prestó la fusta de Juan Jaramillo, aunque la de Juan de Limpias de Caravajal zabordó entre las estacadas y ya no podía salir. Las pérdidas en esta derrota pasaron de sesenta castellanos, seis u ocho caballos, dos cañones, muchas armas y gran multitud de los aliados, quienes siempre llevaban la peor parte en las jornadas. (2)

El resto de aquel día y la noche inmediata gastaron los méxica en solemnizar la victoria con danzas y cantos, encendiendo grandes lumbradas en los templos y azoteas de las casas, tocando el gran tambor del dios de la guerra, bocinas y caracoles en señal de regocijo, esmerándose los sacerdotes en lo concerniente al culto. Varios días seguidos duraron aquellas fiestas (diez, dice Bernal Díaz), en las cuales servían de víctimas los castellanos tomados prisioneros, guardados cautivos y engordando para aquel efecto. (3) Los dioses por medio de sus ministros prometían la pronta y total destrucción

(1) Bernal Díaz cap. CLII.

(2) Consúltese, Cartas de Relac. pag. 266--271.—Bernal Díaz, cap. CLII.—Oviedo, Hist. de las Ind. lib. XXXIII, cap. XXVI y XLVIII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XX.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIV.—Múñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS.—Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 36—39.—Gomara, Crón. cap. 138. &c. Nuestra relacion sale un tanto diversa de la de Prescott; véanse los originales.

(3) "Y digamos como los mexicanos hacían cada día grandes sacrificios y fiestas en el mayor de Tlaltelolco, y tañían su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían cada noche grandes lumina-

de los teules. Así lo hizo entender Cuauhtemoc á los pueblos, por medio de emisarios provistos de dos cabezas de caballo y de varias de cristianos, las cuales mostraban como testimonio, diciéndoles se apartasen de la alianza de los blancos, pues de lo contrario al terminar la guerra serían destruidos sin remedio; aquellas amenazas y más bien el prometimiento de los nùmenes, resfriaron un tanto el ánimo de los sometidos, determinandó que algunos permanecieran neutrales, miéntras algunos se dispusieran á socorrer á México. Dentro de la ciudad misma los méxica volvieron á recobrar todo lo perdido, repararon las albarradas, abrieron los fosos y vinieron á poner sus centinelas avanzadas á dos tiros de ballesta del real de Xoloc. (1)

Para curar los heridos, recobrar las fuerzas y reponer las municiones, los castellanos se abstuvieron de empeñar combates formales por pocos días, si bien no dejaba de haber algunas escaramuzas, ya que los méxica se llegaban á atacar los campamentos. No sólo estas causas determinaban aquel retraimiento; una porcion de los aliados había desertado, bien desalentados por la derrota de los teules, bien llenos de temor por la promesa que los dioses habían hecho á los méxica de sacarlos victoriosos: (2) se comprende que quienes huyeren fueron los adoradores de Huitzilopochtli, porque los aculhua no fiaban muy particularmente en aquella divinidad, y los

rias de mucha leña encendida, y entónces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos, y segun ellos decían, que en la mañana ó en aquella misma noche nos habían de matar." Bernal Díaz, cap. CLIII.

(1) Cortés, Cartas de Relac. pág. 271—72.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXI. Torquemada, lib. IV, cap. XCV.

(2) Segun Bernal Díaz, cap. CLIII, los aliados desaparecieron todos, hasta el punto de no quedar en el real de Cortés más de Ixtlixochitl con unos cuarenta de sus amigos; en el real de Alvarado los dos Xicotencatl y el general Chichimecatecutli con ochenta tlaxcalteca, y en el campo de Alvarado un cacique de Huexotzineco con cincuenta guerreros. Todo esto aparece como exajerado. Cortés no menciona semejante desercion, que á ser cierta le hubiera mucho preocupado. Además, dos días despues del desbarato al salir Andrés de Tapia en socorro de los de Cuauhahuac, el mismo Bernal Díaz, cap. CLV, afirma que marchó con "muchos amigos;" y en efecto, no aventurara Cortés, en aquellas circunstancias una pequeña partida española hasta Malinalco, sin ir acompañada de competente escuadra de aliados. Hubo desercion mas no en la escala que el cronista la pinta. V. Clavijero, tom. 2, pág. 174.

tlaxcalteca sólo reconocían á su dios Camaxtli. Aun los mismos prófugos tornaron pronto á la amistad de los blancos, luego que pasado el plazo fatal se vió no haberse cumplido el vaticinio.

Al día siguiente de la derrota, (1) por no mostrar flaqueza, los del campamento de Cortés salieron á guerrear hasta la primera puente de la calzada, volviéndose en seguida: los méxica atacaron el campo de Alvarado, decían muchas injurias y les gritaban: "Mirad cuán malos y bellacos sois, que aún vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor." (2)

Dos días despues del desbarato, (3) llegaron al campo de Xoloc ciertos mensajeros del señor de Cuauhahuac, quejándose de que sus vecinos de Malinalco corrían sus tierras y les hacían daño, y que ahora concertados con los de la provincia de Coahuico iban sobre la ciudad á destruirlos, amenazando con volver despues sobre los teules; en consecuencia pedían auxilio. "Y aunque lo pasado era tan de poco tiempo acaecido, y teníamos necesidad antes de ser socorridos, que de dar socorro," Cortés le concedió inmediatamente, á pesar de la contradicción de los capitanes, quienes le observaban, que con aquella división de fuerzas se ponían en peligro de perderse. Hemos observado y lo repetimos, que D. Hernando se muestra siempre grande en la desgracia: sin tener en cuenta aquellos justos temores, quiso enseñar al enemigo que era poderoso todavía y no le había doblegado el reciente reves. Envió, pues, al capitán Andrés de Tapia con diez de á caballo, ochenta peones y buen número de amigos, previniéndoles estuviesen de vuelta dentro de diez días. Tapia marchó hacia Cuauhahuac, se reunió con los guerreros de aquella ciudad y avanzó sobre Malinalco; en una poblacion ántes de esta última encontró al enemigo, le desbarató persiguiéndole en la llanura con la caballería, hasta que le encerró en el mismo Malinalco. La ciudad estaba situada en la cumbre de un cerro ágrío y fragoso, razon por la cual Tapia no intentó tomarla, y contento con lo ejecutado tornó al real, dentro del plazo que se le había señalado. (4)

(1) Línes primero de Julio.

(2) Bernal Díaz cap. CLIII.

(3) Mártes dos de Julio.

(4) Cartas de Relac. págs. 272—73.—Bernal Díaz, cap. CLV.—Herrera, déc. III,

Durante este tiempo, mientras fué y vino Tapia, los castellanos salían del real de Xoloc con los aliados peleando por la calzada; aunque poco á poco adelantaban por la calle de Itztapalapan, hasta ser detenidos por el canal, á la entrada de la plaza, el cual estaba ahondado y defendido por una récia trinchera. (1) Los del campo de Alvarado permanecieron cuatro días á la defensiva, resistiendo los continuados ataques de los méxica. En los cuatro días siguientes lograron apoderarse y cegar una ancha cortadura que tenían cerca, dando esto motivo á continuados y crudos combates; durante el día combatían los tenochca con su desnudo acostumbrado; mas cuando los teules se retiraban al caer de la tarde, cargaban con redoblado furor procurando hacer alguna presa; á veces se oía resonar el caracol de Cuauhtemoc, y entónces los guerreros se precipitaban con indomable furia, siendo menester grandes esfuerzos para contenerlos. Los guerreros distinguidos venían armados con las espadas y puñales quitados á los castellanos, y tiraban con las ballestas, las cuales habían obligado á los prisioneros se las enseñasen á usar; mas no hacían con los tiros daño ninguno, porque los maestros debieron darles erradas lecciones. Durante la noche, "tañían su maldito atambor que dije otra vez, que era el de mas maldito sonido" y mas triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos, y tañían "otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas y tenían grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo le tuvieron diez y ocho días." (2)

En uno de aquellos días en que los castellanos no peleaban como solían, el general tlaxcaltecatl Chichimecatecuhtli, el mismo que tanto se había distinguido cuando la traida de los bergantines y en otras ocasiones, determinó combatir la ciudad con sólo su gen-

lib. I, cap. XXI.—Torquemada, lib. IV cap. XCV.—Siguiendo las indicaciones del texto de Cortés, parece probable que Tapia dejó el campamento el miércoles tres de Julio?; y supuesto que volvió dentro del plazo que se le puso, que fueron diez días, admitimos que regresó el juéves once de Julio?, habiendo gastado en la expedición término de nueve días.

(1) Cartas de Relac. pág. 273.

(2) Bernal Díaz, cap. CLIII.

te. Salió, pues, del campo de Alvarado, en donde servía, dejando cuatrocientos flecheros emboscados en el paso principal de una cortadura, penetrando resueltamente por las calles con grandes gritos, apellidando á Tlaxcalla; siguiéronse muertes, insultos y desafíos; dejándolos adelantar los tenochca hasta donde creyeron tenerlos seguros. Cuando los tlaxcalteca lo creyeron conveniente comenzaron á retirarse; entónces los méxica cargaron con fuerza creyéndose victoriosos y se precipitaron tras sus contrarios en el paso del canal, pero recibidos ahí por los flecheros en celada, tuvieron que retirarse corridos de la osadía de sus aborrecidos contrarios. (1)

Pasado el tiempo fijado por los dioses para la destrucción de los blancos y no cumplida la promesa, volvió la confianza al ánimo de los desertores, quienes fueron volviendo al campo español, disculpando su huida. Recibiólos Cortés perdonándoles la falta, pues aunque segun las leyes castellanas merecían la muerte, no se les aplicaba la pena por estar ignorantes de tales disposiciones; agradeciales su buena voluntad, y bien sabían que si desde el principio los había traído contra México, era para hacerlos ricos y que se vengasen de sus enemigos: otros razonamientos añadía, abrazando á los jefes y prometiéndoles les daría pueblos, tierras y vasallos, más de los que ántes tenían. (2) Quedaban contentos y engolosinados, ofreciendo ser fieles de ahí en adelante.

Hácia este tiempo, D. Hernando demandó la paz á Cuauhtemoc, como de ántes lo había intentado varias veces. Tenía prisioneros tres capitanes méxica, á los cuales rogó se encargasen del mensáje, aunque ellos rehusaron diciendo, que si tal hacían los mataría su rey; insistió Cortés, logrando al fin vencerlos con ruegos, dádivas y promesas. Debían decir á Cuauhtemoc, que pues le quiere bien por ser deudo cercano de Motecuhzoma, de cuyo rey era amigo y está casado con hija suya, doliéndose de la pérdida de tan gran ciudad y de la matanza que en sus vasallos hace, le ruega se venga de paz, ofreciéndole en nombre del soberano de Castilla, perdonarle las muertes y daños que ha hecho y hacerle grandes mercedes; que esto mismo le ha mandado decir tres ó cuatro veces sin haberlo él

(1) Cartas de Relac. págs. 273.—74. Semejante atrevimiento no hubiera tenido lugar, á ser cierto que al Chichimecatecuhtli sólo quedaron 80 hombres.

(2) Bernal Díaz, cap. CLIII.

consentido; que vea que todas las gentes de la comarca le han abandonado, viniéndose á los blancos contra él, de donde deberá seguirse su pérdida, la de sus vasallos y de la ciudad, siendo esto tanto más verdadero, cuanto que les faltan bastimentos, y no pueden ya mantenerse. Los tres capitanes ofrecieron decir cuanto les encargaban, pidiendo como credencial les diese una carta, que si bien el rey no entendería, sabían era un *amall* que tenía fuerza de mandamiento.

Cuauhtemoc recibió con algun enojo á los mensajeros, mas despues, á fin de deliberar, reunió el consejo de los guerreros, nobles y papas, dándoles libertad para exponer francoamente su opinion: díjoles sin ambages el estado precario de la ciudad y esperó hablasen libremente. Los sacerdotes, por medio del anciano más caracterizado como era la costumbre, dijeron: "Señor y nuestro gran Señor, ya tenemos á ti por nuestro rey y Señor, y es muy empleado en tí el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cual nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro tío, el gran Montezuma, en que paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Texcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Itztapalapan é Coyoacan y Tacuba y de Tatlatingo ¿que se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, tose ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aún de Tezcuco, y aún de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les han hecho esclavos y señalado las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello, y no te fies de malinche ni de sus palabras; que más vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán." Adoptada tan varonil resolucion, Cuauhtemoc pronunció en tono severo: "Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces si no yo le mataré." (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CLIV.

Quedó así echada la suerte de México. Los castellanos no salieron á combatir esperando la respuesta; ninguna mandó Cuauhtemoc; pero á los dos dias los méxica atacaron de súbito los campamentos, oyóse el caracol del rey, los guerreros se arrojaban sobre los blancos con desusada furia y gritaban: "¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada dia demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido victoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida: por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres." (1) Los tenochca fueron rechazados.

Dos dias despues de llegado el capitán Andrés de Tapia, (2) se presentaron á D. Hernando diez mensajeros otomíes: estos bárbaros, esclavizados por los méxica, se habían entregado á los blancos, como ántes hemos visto; quejábanse de que por esta causa los destruían los matlatzinca, pueblo valiente y numeroso que estaba haciendo aprestos para venir en socorro de México: pedían auxilio. El general le concedió luego. Las circunstancias en realidad no eran muy propicias; pero los tenochca en las entradas amenazaban á los sitiadores con los matlatzinca, y aunque había gran peligro en dividir las fuerzas, "como nos convenia, mostrar más esfuerzo y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza, así con los amigos como con los enemigos." A dar el socorro marchó Gonzalo de Sandoval con diez y ocho de á caballo y cien peones en que había un sólo ballestero, con buena copia de aliados, que segun el mismo general eran sesenta mil. El alguacil mayor hizo rumbo hacia el valle de Toluca; junto á unas estancias abandonadas de otomíes encontró al enemigo, el cual huyó dejando cargas de maíz y de niños en barbacoa, que llevaban para su sustento; pasado el rio Chicuhnahtla los matlatzinca hicieron rostro, mas fueron desbaratados, y perseguidos por la caballería se encerraron en un pueblo cercano. Combatido el pueblo, los indios pelearon mientras pusieron en cobro la gente menuda, huyendo en seguida durante la noche: el lugar fué saqueado é incendiado. Dirigióse

(1) Bernal Díaz, loco cit.

(2) En el supuesto de que Tapia regresó el juéves once de Julio?, la llegada de los otomíes debió ser sábado trece de Julio?

Sandoval sobre un lugar fuerte cuyo señor le abrió las puertas; se sometió, ofreciéndose á ser medianero de paz con los de la provincia como en efecto lo negoció, logrando que la provincia de Matlatzinco se declarara por los blancos. Con esta victoria tomó Sandoval al cuartel de Xoloc. (1)

El día que llegó Sandoval peleaban algunos españoles en un puente; los méxica dijeron querían paz, y preguntaron por el intérprete Juan Pérez de Arteaga. Era este un soldado, apellidado Malinche por los indios, á causa de andar al cuidado de Marina y haber aprendido el primero la lengua mexicana. Entablada la plática dirigida más bien á ganar tiempo que no á verdadero concierto, los tenochca ponían por condicion que los blancos se fuesen de la tierra: replicáronles que deberían entregarse sin condicion, pues dentro de poco tendrían que morir de hambre. Entónces un viejo guerrero sentado del otro lado del foso, sacó de la mochila algunas cosas y las comenzó á comer muy de espacio, dando con ello á entender no tenían tal necesidad de bastimentos. Aquel día ya no pelearon para dar tiempo á que la lengua hablase al general. Cuatro días despues se presentaron los de Matlatzinco, Malinalco y la provincia de Cohnixco, pidiendo perdon de lo pasado y ofreciendo ser amigos de los blancos: así lo cumplieron, ayudando en lo de adelante con gente y bastimentos. (2) Fué la última esperanza de los méxica y devaneciése como el humo.

Por contraste, la fortuna se mostraba sonriente con D. Hernando. Los que habian salido heridos en el desbarato estaban sanos, acudían al campo más aliados que nunca, se sometían provincias ántes no domadas, y, por último, llegó á la Villa Rica un barco con gente y municiones, uno de los dos con que el desdichado Juan Ponce de Leon habia ido aquel año á la Florida, para ser destrozado é ir á morir de pena en Cuba: lo que habia desembolsado el malaventurado capitán venía á servir á Cortés. Los de la Villa hicieron subir prontamente á los hombres, con remesa de ballestas y pólvora, de

(1) Cartas de Relac. pág. 275—77.—Bernal Díaz, cap. CLV.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXI.—Torquemada, lib. IV, cap. CXV.

(2) Cartas de Relac. pág. 277—78.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXI.—Torquemada, lib. IV, cap. CXV.—No hemos acertado á fijar las fechas de la expedición de Sandoval; sólo podemos asegurar que fué á mediados de Julio.

que harta necesidad tenían los cristianos: “y ya gracias á Dios por “aquí á la redonda no teníamos tierra que no fuese en nuestro “favor.” (1)

(1) Cartas de Relac. pág. 278.